



Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

<https://archive.org/details/asinusasinumfric00scri>

840

ASINUS ASINUM FRICAT,

6

LOS DOS PRECEPTORES.

COMEDIA EN UN ACTO

DE

MR. SCRIBE,

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR

DON MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

SEGUNDA EDICION.



MADRID.—1871.

LIBRERÍA DE LOS SEÑORES VIUDA É HIJOS DE DON JOSÉ CUESTA,
calle de Carretas, número 9.

PERSONAS.

D. ALBERTO.

D. MARIANO.

D. PRIMITIVO.

PASCUAL.

MARUJA.

LUISA.

SIMON.

Aldeanos.

La propiedad de esta obra, á escepcion de los teatros de Madrid, pertenece á la VIUDA É HIJOS DE CUESTA, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España, en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quien haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Establecimiento tipográfico de EDUARDO CUESTA, Rollo, 6, bajo.

ACTO UNICO.

El teatro representa un jardin. A la izquierda un pabellon: á la derecha un emparrado, una pared poco elevada y una puerta.

ESCENA PRIMERA.

MARUJA, sentada haciendo labor. LUISA, que sale por la puerta de la derecha y se acerca de puntillas.

LUISA. ¡Maruja! ¿Anda mi tio por el jardin?

MARUJA. ¡Calle! ¿Ya está usted aquí, señorita Luisa? Pues apenas habrá diez minutos que se encerró usted en su cuarto.

LUISA. ¡Diez minutos, y me he estado mas de una hora tocando el piano! Las gentes necesitan descansar. ¿Es cosa de estarse una todo el dia trabajando?

MARUJA. ¡Sí, que no sé yo por dónde va la marea!

LUISA. ¿Qué quieres decir con eso?

MARUJA. ¿Piensa usted que yo me mamo el dedo? Yo sé todo lo que pasa. Desde que volvió de Madrid su primo de usted don Marianito, mas adelantado en la ciencia del amor que en las que fué á estudiar, todas las cabezas andan en casa como Dios sabe. Hasta su tio de usted que antes pasaba las horas muertas echando cuentas, no hace mas que guardar las vueltas de su hijo para que no hable con usted.

LUISA. Sí; ¡y encerrarle en su cuarto!

MARUJA. ¡Qué dolor! Cerrarle la puerta... para que salga por la ventana... ¡Eh! ¿No digo? Abi lo tiene usted ya descolgándose por la tapia.

:

ESCENA II.

Los precedentes. DON MARIANO.

MARIANO. ¡Luisa! ¡Luisa!... Yo soy. (Salta.)

MARUJA. ¡Lindo modo de estudiar la lección!

MARIANO. ¡Fuerte empeño también el de mi padre! ¡Que por fuerza he de ser sábio!

LUISA. ¡Qué crueldad!

MARIANO. ¿Qué diablos ha de aprender ya un hombre con diez y siete años cumplidos?

Yo sé que Luisa es bonita;
sé que la amaré constante;
sé que me llama su amante
y que su seno palpita...

LUISA. Mi primo sabe bastante.

MARIANO. Pues señor, fuera libros. El hombre ha nacido para divertirse, como dijo... no sé quién; pero si no lo dijo nadie, lo digo yo. Y luego, ¿qué cristiano trabaja cuando está enamorado?

LUISA. Pero después de casadas las gentes ya es otra cosa.

MARIANO. Tienes razón. Son dos para estudiar.

LUISA. Se animan recíprocamente...

MARIANO. Tú no entiendes de eso, Marujilla. Como no has amado nunca...

MARUJA. Ande usted que ya he pasado yo también por esas aduanas.

MARIANO. ¡Oigan! Con que... Cuéntanos, cuéntanos...

MARUJA. ¡Pardiez!... ¿Trabajo yo más que ustedes, por ventura? Tres semanas hace que emprendí con este delantal, y, mire usted, aun no he llegado á media cuarta de doblarlo. ¿Y saben ustedes dónde descubrí yo este desordenado amor al trabajo? En Madrid, cuando fui allá con la tía.

No bien á Madrid llegué
celebraron cien galanes,

mi cara y mi no sé qué
 con flores que entre gañanes
 en este rudo lugar
 nunca escucho.

Para aprender pronto y mucho
 no hay cosa como el viajar.

Allí con noble elegancia
 á hacer escarnio aprendí
 de eso que llaman constancia
 las gentes de por aquí;
 y que amar por solo amar,
 lo hace un tonto.

Para aprender mucho y pronto
 no hay cosa como viajar.

LUISA. ¡Y lo tenías tan callado! ¡Con que, en resumidas cuentas, allí te armaste con un querido...

MARUJA. ¡Oh! Y persona distinguida. Aquí no se remienda de viejo. Llevaba galones de oro en la casaca.

MARIANO. ¿Galones de oro?

MARUJA. Y en el sombrero también.

MARIANO. Vamos; ya entiendo. Un lacayo.

MARUJA. Sí, pero se prometía hacer gran fortuna. Lo que él decía: mi amo está haciendo gran papel en la corte, y principió como yo, poco mas ó menos. ¡A saber lo que Dios me tiene guardado!

MARIANO. Bien. ¿Y á qué altura se hallan tus amores?

MARUJA. No lo sé, porque á lo mejor vino á Madrid mi tío el maestro de escuela á recoger su título y me trajo consigo al lugar sin darme tiempo para despedirme de nadie; y aquí me tienen ustedes seis meses hace seriamente ocupada... ¡en suspirar!

MARIANO. ¡Pobre Maruja! Vamos, yo te prometo... Me informaré, y cuando me haya casado con Luisa, tú verás... Pero voy á comunicaros... Oídme. (Bajando la voz.) Algo se está aquí tramando contra nosotros.

MARUJA. ¡Madre de Dios!

MARIANO. Hace gran rato que mi padre está conferenciando con el maestro de escuela.

MARUJA. ¡Con mi tío!

- LUISA.** Pero observo que hoy no nos celan tanto como acostumbraban.
- MARUJA.** Algun lazo os quieren armar.
- LUISA.** ¿Si sospecharán algo acerca del baile que hemos proyectado para esta tarde?
- MARUJA.** ¡No! ¡Si don Alberto ha pensado comer en el lugar inmediato! Mandó que le ensillasen el caballo, y no ha dado contraórden... Pero ello es que hay gato encerrado.
- MARIANO.** Pues bien; formemos una liga ofensiva y defensiva; y harto será que entre los tres no reunamos tanto talento como ellos dos.
- MARUJA.** Yo serviré de espia. Acecharé... escucharé... y si oigo una palabra, adivinaré cuarenta.
- MARIANO.** ¡Sobre todo, valor! Suceda lo que quiera, firmes; no hay que tener miedo... ¡Dios del cielo! ¡Mi padre! (Luisa y Maruja huyen.)

ESCENA III.

DON MARIANO. DON ALBERTO.

- D. ALB.** ¡Quieto, quieto, caballero! (Asiéndole del brazo.) ¿Es ese el modo que tiene usted de estudiar? ¿Ha aprendido usted de mí esa insigne holgazanería? Si hubiera yo pasado mi juventud jugando al villar y cortejando mozas, en vez de esclavizarme en el mostrador y en el escritorio, ¿sería yo ahora uno de los primeros propietarios de la Alcarria?
- MARIANO.** ¿Y qué necesidad tiene de trabajar ni de quemarse las pestañas el hijo único de uno de los primeros propietarios de la Alcarria?
- D. ALB.** ¿Qué se entiende? ¿Así respondes á tu padre? ¿Quieres apostar á que te envío á los toribios?
- MARIANO.** No. Perdone usted. No lo decia yo por tanto.
- D. ALB.** Estudiará usted, mal que le pese. Yo he aprendido á ser rico: aprenda usted ahora á ser literato; que todo no lo ha de hacer un hombre solo.
- MARIANO.** Pero si...

D. ALB. No hay pero que valga. Ya he formado yo un plan... Es cosa decidida. Pronto sabrás mi resolución. Tal vez hoy mismo. Mientras tanto puedes ir á divertirme.

MARIANO. (Bien decia yo que alguna conjuración espantosa... Corramos en busca de Luisa.)

D. ALB. ¿Qué es e-o? ¿No me besas la mano?

MARIANO. Sí, padre.

D. ALB. ¡E-o, eso! La subordinación, la... Dios te haga un prócer.

MARIANO. (¡Oh tiranía paternal!)

ESCENA IV.

DON ALBERTO. DON PRIMITIVO (1).

D. PRIM. ¿Por dónde andará ese arrapiezo de muchacha?... Perdone usted, señor don Alberto, venia buscando á mi sobrina.

D. ALB. ¡Oh, señor don Primitivo! ¡Qué! ¿Ya ha cerrado usted su escuela?

D. PRIM. Sí; ya he despachado á aquellos demoniejos. Han cantado el bendito, han entregado *respectively* el cuarto del sábado, y de camino para sus casas retozan y se acarician á cachetes y á pedradas como si fueran hermanos. Y... ¿qué tal? ¿Cómo va nuestro negocio?

D. ALB. Estoy resuelto á seguir los consejos de usted.

D. PRIM. ¡La severidad, don Alberto! ¡La severidad! Este es mi sistema de educación, y no hay otro. ¡La severidad! «La letra con sangre entra,» decia el padre Toribio Mongrovejo Cascante, hombre consumado en lo que llamamos enseñanza primaria. «Quien bien te quiera te hará llorar,» esclamaba con férula en mano mi digno maestro, el que entonces lo era de la diputación de Afligidos, cu-

(1) El actor que ejecute este papel se golpeará continuamente con el reverso de una mano en la palma de la otra.

yo pasante fui por espacio de quince años, aquí donde usted me vé. ¡Qué escuelas las de aquel tiempo!... Pero temo que su hijo de usted sea ya grande para azotes y palmetas, y para hacerle que reze la Salve de rodillas.

D. ALB. ¡Digo! ¿Con que ya quiere casarse?...

D. PRIM. Y será hombre de hacerlo mejor que lo dice, sino se le ata corto.—¡Nada! Lo que yo le he dicho á usted. Un preceptor rígido, impasible, cara de baqueta... ¿Qué tal la mia? ¿Eh? observe usted este entrecejo formidable. Y en haciendo yo ¡Brrrem! gime la infancia y se estremece la adolescencia.

D. ALB. Con efecto. Yo espero...

D. PRIM. Conviene que el preceptor sea muy sagaz, muy vigilante; que tenga siempre sus ojos sobre la víctima... Sobre el discípulo, quiero decir. Por supuesto, el preceptor debe comer...

D. ALB. Se entiende.

D. PRIM. Y dormir en la misma casa. Sentarse á la mesa con usted y con su alumno...

D. ALB. Es cosa muy puesta en el órden. Usted me lo indicó tambien, y no habia yo de hacerle un desaire...

D. PRIM. (¡Oh fortuna! Sacaré la barriga de mal año.)

D. ALB. Y esto sin perjuicio de los regalos...

D. PRIM. ¡Oh! Yo no exijo...

D. ALB. En cuanto al sueldo, me parece que ocho mil reales...

D. PRIM. Estamos conformes.

D. ALB. Me parece que no se puede dar menos á un hombre de mérito.

D. PRIM. ¡Tanto favor!...

D. ALB. Viaje pagado. Eso es corriente.

D. PRIM. ¡Cómo!... ¡Qué!... ¡Pues!... Viaje... ¿Con que? ...

D. ALB. Se trata de un erudito... ¡Oh!... Uno de esos talentos que solo se encuentran en Madrid.

D. PRIM. ¡Ya!... ¡Sí! En la córte... ¡Pues! (Calentura me va á dar.)

D. ALB. Hoy mismo debe llegar. Ya ve usted que no he perdido tiempo. Así que usted me dió la idea de un preceptor...

D. PRIM. Gracias. Yo... Mi celo...

D. ALB. Sabe usted cuánto he apreciado siempre sus consejos, y

que tanto usted como su sobrina pueden contar con mi...

D. PRIM. Gracias.

D. ALB. Así que llegue ese pozo de ciencia, se lo presentaré á usted.

D. PRIM. Gracias.

D. ALB. Hasta luego, amigo don Primitivo.

D. PRIM. Beso á usted su mano. Soy muy servidor de usted; muy...

ESCENA V.

DON PRIMITIVO. MARUJA.

D. PRIM. ¡Ah! de cólera bramo.

MARUJA. ¡Tío, tío! (Llega corriendo.) ¿Qué le ha dicho á usted don Alberto?

D. PRIM. Me ha dicho... me ha dicho... que... Estoy furioso. ¡Oh! El párvulo que esta tarde me yerre una letra... ¡Mesa, habitacion, regalos, ocho mil reales!... ¡Señor! ¡Señor! ¿No es esto horroroso? ¡Cuando yo, todo yo, raro es el año que cobro por completo mis trescientos ducados! (Se pasea muy agitado.) ¡Ah!... ¡Eh!... ¡Ih!... ¡Oh!

MARUJA. Pero, tío...

D. PRIM. (Sin oírla.) ¡Uh!

MARUJA. ¿Qué le ha dado á usted, que deletrea?

D. PRIM. ¡Cállese la... trasto! Dé gracias á Dios de que no acudan muchachas á mi escuela.

MARUJA. Pero ¿no podré saber qué le ha hecho á usted don Alberto?

D. PRIM. ¡Hija, me ha muerto, me ha muerto.

MARUJA. Yo no puedo comprender...

D. PRIM. No me queda mas que ver. ¿Quién tal afrenta sufrió?

MARUJA. No creo...

D. PRIM. ¿Cómo que no?
¡Traer de fuera ¡Oh desprecio!
algun pedante, algun necio...
estando en el mundo yo!

MARUJA. ¡Qué sin razón, tío! ¡Qué injusticia!

D. PRIM. ¡Ya nos veremos las caras el pelagogo y yo!... A bien que don Mariadito no le podrá soportar, y me ayudará á plantarle en la calle. Todos conspiraremos contra el intruso. ¿Verdad, Maruja?

MARUJA. Sí. Cuento usted con mi protección.

D. PRIM. Así que venga ese fenómeno, ten cuidado de avisarme.

MARUJA. No me descuidaré.

ESCENA VI.

MARUJA.

¿Un fenómeno? ¡Gran Dios! ¿Quién se había de figurar... No en vano temía el señorito alguna calamidad... Pero... ¿Quién anda ahí?

ESCENA VII.

MARUJA, PASCUAL.

PASCUAL. (Al bastidor.) No; gracias. Yo no traigo cofre, ni maleta. Esas son charlatanerías. Yo viajo á la ligera. ¿A ver si hay quien me anuncie al señor don Alberto?

MARUJA. ¿De dónde ha venido este señor?

PASCUAL. (Preocupado, sin mirar á Maruja.) Tendrá usted la bondad, mocita, de pasar recado á su amo... Dígale usted que el estupendo literato á quien esperaba hoy...

MARUJA. ¡Ah!... ¡Dios mío! (Mirándole atentamente.) ¡El es!

PASCUAL. Claro está que es él. Cuando yo lo digo... Yo soy el preceptor de su hijo.

MARUJA. ¡El preceptor! Pero... (Turbada y sin cesar de mirarle.) Es que... Perdóne usted. Yo creía...

PASCUAL. ¿Qué creía usted? ¿No tengo yo cara de preceptor?

MARUJA. Yo pensaba... Voy, voy á decirle que está usted aquí.—

Hay encuentros... Hay semejanzas... Ojos, narices... todo... Me he quedado como quien vé visiones.

PASCUAL. ¡Muévase usted! ¡Vamos!...

MARUJA. Voy, voy.

ESCENA VIII.

PASCUAL.

¿Qué dice esa niña de narices y de visiones? No he reparado en ella, pero creo que al verme se ha quedado turlata.—Sin embargo, me parece que este cuerpo se puede presentar en cualquier parte. ¡Ea, Pascual, aquí de tu desvergüenza! Muchos papeles tengo hechos en esta vida, y me parece que sabré también representar el de sábio; que en el día no es esto ninguna obra de romanos. Yo tengo despejo natural, y poseo una buena dosis de literatura... de antesala. He leído alguna que otra novela... tal cual periódico... y al cabo alguna ciencia se me habrá pegado de haber servido cuatro meses á un individuo de la academia greco-latina.—No perdamos tiempo, y recapitulemos.—1.º Mi amo había aceptado de este señor don Alberto el empleo de preceptor de su hijo... Algun chicuelo, que haré lo que quiera de él.—2.º Casa, mesa, y ocho mil reales de sueldo. ¡Aquí está el alma del negocio! Caer malo mi amo; escribe otra carta diciendo que no hay nada de lo dicho; me la dá, y en vez de echarla al correo, la abro, la leo, y me la meto en el bolsillo; me despido, y héme aquí resuelto á ocupar con su nombre la plaza que él ha renunciado. La idea es peregrina, y me siento con ánimo de llevarla á cabo, que no soy lerdo. Tengo buen pulnon y mucha frescura. Con cuatro palabrotas, otras tantas gesticulaciones grotescas, cierto tono doctoral, y... ¿Pero quién viene? El padre es sin duda. Manos á la obra.

ESCENA IX.

PASCUAL. DON ALBERTO.

D. ALB. ¿Dónde está, dónde está mi señor don Fructuoso?... ¡Oh!
¡Bien venido! Me doy mil parabienes de poseer un hom-
bre tan ilustre como usted.

PASCUAL. Caballero...

D. ALB. Tengo particular afición á los hombres de letras, aunque
yo solo conozco las de cambio.

PASCUAL. ¡Qué! Modestia de mi señor don Alberto...

D. ALB. No, amigo mio, soy franco;
mas si en academias no,
bien conocido soy yo
en la Bolsa y en el Banco.
Así pues, nunca fuí manco
para pagar...

PASCUAL. (¡Oh placer!)
Ya; sí... el talento... ¡Ay señor!
poder pagarlo es mejor
que tenerlo que vender.

D. ALB. A usted le sobra para socorrer á los necesitados; y gra-
cias á usted mi hijo será...

PASCUAL. Pierda usted cuidado le serviré bien.

D. ALB. ¿Qué dice usted? ¡Servir á mi hijo!

PASCUAL. (Al primer tapon zurrapas.) Quiero decir, que le serviré
con mis lecciones, con mi... contumelia y mi... ¿Qué
mayor servicio se puede hacer á un prójimo que ins-
truirle? Yo le instruiré... á mi modo. Le enseñaré... Ya
puede usted figurarse; todo lo que yo sé. Absolutamente
todo. (Pronto concluirá sus estudios.) Pero ya estoy de-
seando ver al parvulillo. ¿Dónde está, dónde?... Andará
jugueteando por el jardin... ¡Angelito! Yo soy ciego por
las criaturas.

D. ALB. No tan criatura... ¿Pero no le he escrito á usted que
tiene de diez y siete á diez y ocho años?

PASCUAL. ¡Ah! El angelito tiene diez y ocho años.

D. ALB. El mes que viene los cumplirá.

PASCUAL. Ya. Su hijo de usted es lo que se llama un mocito ya granado... un zagalon. Estrenarle... quiero decir, labrarle de primera mano hubiera sido mejor para mí; francamente lo digo. ¡Vea usted! Ahora será preciso que olvide lo que sabe para que estemos los dos mas al nivel... mas en estado de comprendernos.

D. ALB. Ya dije en mi carta que es un joven alumno de las musas.

PASCUAL. Entiendo, entiendo. Me engañó la palabra alumno, que en lengua vulgar significa un rollo, un mamon, así... un recental de tres á cuatro años á lo sumo.

D. ALB. ¡Calle usted, hombre! ¿Conque el chico sabe ya latin?...

PASCUAL. Sabe latin ¿eh? (Bueno es saberlo.)—Pues entonces, no hay necesidad de que yo se lo enseñe.

D. ALB. Creo que no. Tambien ha estudiado matemáticas.

PASCUAL. Bien. Vamos por partes. Latin... Matemáticas... Aquí tenemos ya una multiplicacion de conocimientos.

D. ALB. Me atreveré á segurar que sabe tambien un poco de historia.

PASCUAL. ¡Atrévase usted! —Con que, latin, matemáticas, un poco de historia... ¡Bravo! Veamos ahora qué quiere usted que yo le enseñe.

D. ALB. ¡Oh! Nadie como usted mismo... Se trata de perfeccionar su educacion.

PASCUAL. ¡Pues! Lo que nosotros llamamos la última mano de cepillo, el último frote...

D. ALB. ¡Qué cepillo, ni qué frote!...

PASCUAL. ¡Si hablo en lenguaje figurado, señor! Así como el cepillo... no él de las botas ni el de las ánimas, sino el cepillo del carpintero, descorteza y labra la madera, ya sea de naranjo... ¿Oye usted? ó de alcornoque; así el preceptor con el cepillo, ó, si se quiere, con el escoplo de sus lecciones, pule y perfecciona el entendimiento de su aprendiz... de su discípulo. ¡Como usted no está iniciado en los secretos de la prosodia!...

D. ALB. Perdone usted, me pareció... (¡Es un prodigio lo que sabe este hombre!)

PASCUAL. ¡Yo sudo!

D. ALB. Lo principal es que vaya usted formando su carácter...

PASCUAL. Sí, sí. Que sea humano y atento con los criados; que no les riña, ni les castigue; que les dé de cuando en cuando alguna propineja...

D. ALB. No es eso lo mas esencial, sino...

PASCUAL. Sí por cierto. Ahí está la piedra de toque de una buena educacion. Sobre todo en ciertas fiestas, como navidades.

D. ALB. Enhorabuena.—Ante todas cosas le advierto á usted que mi hijo está enamorado.

PASCUAL. (Riéndose.) ¡Ah, ah, ah! ¿Con que el alumno de las musas está enamorado? Cosa muy natural. Usted mismo á su edad...

D. ALB. ¡Y de su prima!

PASCUAL. ¡Oh! ¡Eso ya es otra cosa! Yo creí que estaba enamorado como... como un simple particular.

D. ALB. Esto no es decir que no me halle yo dispuesto á casarlos mas adelante.

PASCUAL. Hará usted muy santamente.

D. ALB. Pero entre tanto bueno es que lo ignoren.

PASCUAL. Sí, sí; que ignoren... Él sobre todo. De mi cuenta corre el mantenerle en la saludable ignorancia... Porque... Hágase usted cargo... La moral...

D. ALB. ¡Oh! Sí... (Del cielo nos ha venido este hombre.) ¡Ah! me olvidaba...

PASCUAL. ¡Qué! ¿Sabe alguna cosita mas?

D. ALB. Iba á decirle á usted que tenemos aquí un maestro de escuela... don Primitivo Calleja. ¡Grande hombre! Se lo presentaré á usted. ¡Aquello sí que es saber latin! ¡Se van á dar ustedes una de verbos y gerundios!...

PASCUAL. Con que... sabe latin: ¿eh?

D. ALB. ¡Oh! Mas que el cura.

PASCUAL. (¡Todos saben latin! Hagamos por evitar...) ¿Quiere usted creer que el viaje?... No me vendria mal descansar un poco.

D. ALB. ¿Por qué no lo ha dicho usted antes? ¡Por vida!... Será usted servido. (Tira de un cordon que habrá en la puerta del pabellon, suena una campanilla, y Pascual se vuelve rápidamente.)

PASCUAL. ¡Allá voy!

D. ALB. (Admirado.) ¡Cómo! ¡Allá voy!...

PASCUAL. Allá voy... ¡Pues! A mi aposento. ¿He de dormir en el jardín? (¿Qué apostamos á que la ensucio todavía?)

D. ALB. (A Maruja que llega.) Conduce á su cuarto al señor don Fructuoso: al piso segundo. Voy á decir á mi hijo que ha llegado usted. Hasta luego.

ESCENA X.

MARUJA, con unas llaves en la mano. PASCUAL.

MARUJA. (¡Don Fructuoso!... Vamos; ¡si cuanto mas le miro!...)

PASCUAL. (El maestro de escuela me da un poco de cuidado. Lo que es el papá, no ha inventado la pólvora; y como aquí nadie me conoce...)

MARUJA. (¡Si digo que es el mismo!... ¿Cómo haria?... Probemos.)
(Se retira un poco y llama en alta voz.) ¡Pascual!

PASCUAL. (Volviéndose con viveza.) ¿Quién me llama? (¡Por vida... Otra bestialidad.)

MARUJA. (Bien segura estaba yo...)

PASCUAL. (Mirándola.) (¡Que veo! Mi trapillo de la calle de Valverde. La alcarreñita... Repararé mi torpeza.) Vamos, niña; ¿me enseña usted mi habitacion?

MARUJA. ¡Señor Pascual! ¡Señor Pascual! ¡No quiere usted conocerme! Pues cuando servia usted de lacayo en casa del conde...

PASCUAL. ¿Qué estás ahí disparatando? (¡Ah! Me va á comprometer.)

MARUJA. ¡Bien me dijo usted que haria fortuna!... Pero tambien me dijo usted que la (Llorando.) partiria con... ¡hi! ¡gi!... ¡migo!

PASCUAL. (¡Llanto asesino!) Maruja...

MARUJA. ¡Ingrato!

PASCUAL. Marujita, está usted en un error. Yo no soy el que usted se figura. Usted me confunde con algun galopin...

MARUJA. Ese galopin es usted; ya que me hace hablar.

PASCUAL. Pero, criatura, ¿tengo yo la culpa de parecerme...

MARUJA. Si no es usted Pascual ¿por qué me llama usted Maruja?
¿De dónde sabe usted que yo soy Maruja?

PASCUAL. Maruja... María... Cualquier mujer se llama María.

MARUJA. Si vienes con tanto fuero
porque te encargan aquí
de instruir á un caballero,
acuérdate que primero
me diste leccion á mí.

PASCUAL. ¿Pues no es inanía fatal?...

MARUJA. Y no te pagué tan mal,
que á la primera leccion
á falta de otro caudal
yo te dí mi corazon.

PASCUAL. Maruja, tu memoria es inverosímil. Guia y no llores.

MARUJA. Desde que es usted dómine no se acuerda de mí, como
si yo no pudiera ser mujer de un dómine.

PASCUAL. (¡Qué me sucedan á mí estos percances!) Vamos; otro
dia hablaremos y te convenceré...

MARUJA. ¡Desdichada de mí!

PASCUAL. (¡Siempre han sido mi perdicion las mujeres! Es tal el
imperio de mi gentileza en las plazuelas y en las
cocinas!...)

MARUJA. ¿No me haces caso? Bien. Todo el muudo sabrá tu per-
fidia.

PASCUAL. ¿Temeraria mujer, qué intentas? ¡Ah! ¡Cuán caros me
haces pagar los errores de mi borrascosa juventud! Con-
sidera que tu interés... y el mio... Porque ya ves tú
que el preceptor, no siendo Pascual, y por otra parte,
Pascual... Pero mi corazon ni es Pascual, ni es pre-
ceptor.

MARUJA. ¡No me amas, no!

PASCUAL. ¡Ah! Sí.

MARUJA. ¡Ah! No.

PASCUAL. Pero mi posicion... Mis principios... son tan... díscolos
respecto de los tuyos que no me es posible... (Llora Ma-
ruja.) ¡Mujer, no llores! Que no pueda yo ver llorar á
una mujer sin que al momento... En estos lances me
porto siempre como un bagaje. ¿Y qué quieres que haga?

¿Quieres que me arroje á tus pies? Ya está hecho.
¡Pero no llores!

MARUJA. (Riéndose.) ¡Eso sí que me gusta! Ahora eres Pascual.
Ahora veo que no me has olvidado.

ESCENA XI.

Los precedentes. DON ALBERTO.

D. ALB. (Viendo á Pascual á los pies de Maruja. Esta da un grito y huye dejando caer las llaves.) ¡Qué veo!

PASCUAL. ¿Qué apostamos á que se ha figurado usted que estaba yo de rodillas á los pies de esa moza? Hábleme usted con franqueza. Usted lo ha creído.

D. ALB. Y lo creo todavía. ¡Pues aunque fuéramos ciegos!

PASCUAL. Le diré á usted. Hay cosas que parecen... otras cosas. Una galantería... Estaba recogiendo estas llaves... No con mucha destreza, si he de decir la verdad; pero...

D. ALB. ¿Con que usted se precia de galante?

PASCUAL. Sí; un poco galante... Lo suficiente para no mirar con indiferencia la caída de una llaves indefensas.—Tómelas usted.—¡Oh! Y si la muchacha hubiera caído, crea usted que también...

D. ALB. Pues... ¿y la severidad de costumbres de que usted me hablaba?...

PASCUAL. Hemos hablado de eso: ¿eh?

D. ALB. Sí; á propósito de mi hijo.

PASCUAL. Ya; pero no se opone la moral á la... Cosmogonía... á la... Podría corroborar mi dictámen sobre este punto con mil reflexiones meteorológicas, y... Pero usted probablemente no me comprendería y es inútil...

D. ALB. Ya veo yo que argumentar con un hombre como usted, no es para...

PASCUAL. El partido sería muy desigual. ¿Cómo ha de tener usted tanto talento como yo siendo usted la persona que paga y yo la persona que cobra?

D. ALB. Venia á anunciar á usted que don Primitivo, el maestro de quien hemos hablado... Pero aquí está.

PASCUAL. ¡Maldita sea su figura!

ESCENA XII.

Los precedentes. DON PRIMITIVO. DON MARIANO.

D. ALB. Tengo el honor de presentar á usted...

PASCUAL. Soy muy servidor del señor don Primitivo.

D. PRIM. Viva usted mil años... ¡Que no reventáras!

D. ALB. Tambien presento á usted su nuevo discípulo...

PASCUAL. ¡Ah! ¿Es este caballerito?

MARIANO. Servidor de usted. (Razon tiene Maruja. Mi preceptor es bastante original.)

PASCUAL. Amiguito, usted tendrá en mí un maestro... que... seguramente...

D. PRIM. Caballero profesor, quisiera decir á usted dos palabras en particular.

PASCUAL. ¡Audacia!) Cuatro si usted gusta. (Se dirige á donde le espera don Primitivo un poco retirado. Don Alberto va á seguirle.) Señor don Alberto, presumo que vamos á tratar de potencia á potencia; quiero decir, de profesor á profesor.

D. ALB. (Deteniéndose.) ¡Ah! Ustedes disimulen.

D. PRIM. Se me figura que es usted partidario de los métodos nuevos.

PASCUAL. ¡Oh! sí, sí; gusto mucho de ellos. ¿Y usted tambien? Por supuesto.

D. PRIM. Señor mio, en materia de métodos... El que yo sigo es bien conocido... y este es el método que yo sigo. Pero tengo curiosidad de saber cuál es el dictámen de usted respecto á la controversia que de algun tiempo á esta parte se ha suscitado entre los sábios. ¿Cómo opina usted acerca del sistema de educacion de Juan Jacobo? ¿En pró, ó en contra?

PASCUAL. Con que... ¿Usted me hace el honor de preguntarme...

D. PRIM. Si opina usted en pró ú en contra del sistema de Juan Jacobo.

PASCUAL. (¡Qué apuro!)

D. ALB. El señor pregunta si está usted por...

PASCUAL. He comprendido perfectamente. El señor quiere saber mi pró ó mi contra en punto al sistema de... al sistema...

D. PRIM. De Juan Jacobo.

PASCUAL. Pues. Del señor don Juan Jacobo.

D. ALB. Vamos; responda usted.

PASCUAL. (Será preciso decidirse.)

D. PRIM. *Magister, responde mihi.*

PASCUAL. (¡Gran Dios! ¡Latin!) Pues, señor... yo me inclino...
¿Y qué razon hay para que yo no me incline?...

D. PRIM. ¡Bien lo decia yo! Solo un maestro de este siglo osaria defender una doctrina tan nociva y tan perniciosa.

PASCUAL. ¡Perniciosa!... ¡Ah! Permítame usted... No confundamos... Mi opinion no es la de usted.

MARIANO. (Me parece que esta discusion va á ser muy curiosa.)

D. PRIM. Sí, señor: tan nociva como perniciosa.

PASCUAL. Usted se sale de la cuestion.

D. PRIM. ¡Cómo!...

PASCUAL. En cuanto á nociva, convengo; pero ¡perniciosa! Usted ha añadido perniciosa. (A don Alberto.) El señor ha añadido perniciosa.

D. PRIM. Y no me desdigo.

PASCUAL. Nociva, sí; pero perniciosa, no. ¡Lógica, señor mio! ¡Lógica! Lea usted siquiera aquel capítulo de su libro de...

D. ALB. (Como si comprendiera) ¡Ah! Sí.

PASCUAL. (Cobrando ánimo.) ¡Ese! ¡Pues! ¡Bien! ¡Sí! Que lo lea, y veremos luego si tiene algo que responder á esto.

MARIANO. Con efecto; á eso no hay nada que responder.

D. PRIM. ¿Cómo que no? Perdone usted, amiguito. Si empezamos á analizar y comentar...

PASCUAL. Pero, hombre, ¿no se acuerda usted del capítulo que acabo de nombrar?

D. PRIM. ¿Qué capítulo?

PASCUAL. ¡Calle usted hombre; calle usted! ¡Si ya no hay quien ignore... El capítulo de la... ¿Apostamos algo á que no lo ha leído? (Mirándole fijamente.) ¡Señores! no lo ha leído.

D. PRIM. (Con orgullo.) Sepan ustedes que yo no he leído nunca á esos caballeros; y lo tengo á mucha honra.

:

MARIANO. (Hé aquí dos atletas de igual pujanza.)

PASCUAL. (Con fuego.) ¿Con que nunca ha leído usted aquel sublime capítulo? (A don Alberto.) ¿Usted tampoco lo habrá leído?— (Seña negativa.) Me alegro.—(A don Primitivo.) Pues el capítulo de que se trata... lo tengo tan presente como si acabara de leerlo: y es aquel... aquel donde sus contrarios piensan derrotarle diciéndole: «esto, y esto, y esto, y esto...» ¿Está usted? Entonces don Jacobo toma aliento y les responde: «¡Ah, señores! ustedes pretenden que...» *et cætera*; y en seguida les prueba esto, y esto, y esto, y lo otro, y lo de mas allá.—¡Uh! ¡Qué elocuencia de hombre! Tal vez habré yo alterado en alguna cosa el testo; pero el fondo de las ideas es el mismo: no hay que dudarle.

D. PRIM. Pues bien; á eso es á lo que voy á parar justamente; y veremos como se defiende usted de mi ataque. El párrafo que acaba usted de citar...

PASCUAL. ¡Oh temeridad! ¡Atreverse á un párrafo como aquel!

D. PRIM. No se trata de hacer ver si dijo esto ó dijo lo otro, sino de probarlo.

PASCUAL. Sí, señor.

D. PRIM. (Asiéndole del cuello.) Y usted me lo va á probar.

PASCUAL. (Luchando con él.) Si no mirara al respeto que estos señores me merecen... Cuando no hay razones que alegar... (Don Alberto separa á los campeones.) No merece que yo le convenza; pero no por mí, por el honor del párrafo, le voy á confundir. Citaré aquel otro... Cualquiera de los sábios... que el señor no ha leído.

D. PRIM. Sin duda... ¡Al otro!... ¡Al camarada del otro que usted celebra! ¡A ese otro! ¡Al famoso!...

PASCUAL. Sí, señor; á ese mismo. Y tenga usted entendido, señor don Primitivo, que cuando un hombre de tanto cacumen dijo terminantemente... Y creo que si alguno podia sentar este invariable principio, era él. Sí ¡él! ¡solo él! Solo tú, grande hombre; solo tú pudiste... Cuando aquel profundo filósofo, digo pues, afirmó que... No quiero molestar á ustedes con inútiles repeticiones. Pero ello es cierto y averiguado que así en el África como en el Mediodia, y así en Noruega como en el Setentrion, hay sis-

temas y sistemas; y mi sistema es... que una vez probada la proposicion capital, es forzoso tributarle... Porque... desengañémonos, la enormidad de sus argumentos... ¡Hay mas! don Jacobo no hizo mas que apuntar la cosa, escarbarla, digámoslo así; pero el otro, ¡oh! el otro la profundizó... (Mirando á don Primitivo que le oye alelado.) ¡Hombre!... ¡Qué cara de bobo!... Cualquiera diria que no entiende usted palotada de lo que estoy diciendo.

D. PRIM. ¿Y quién quiere usted que le entienda?

PASCUAL. (Aparte á don Alberto.) Ese hombre es un leño.—Conclu-yamos. Yo no he venido aquí á desasnar á usted. Digo y sostengo que ese autor se debe poner en manos de los niños aun antes de que sepan leer. De esto ningun perjuicio les puede resultar. Despues, no diré que...

D. PRIM. Yo lo niego, y sostengo que seria mejor...

PASCUAL. (Remedando el palmeteo de don Primitivo.) ¿Y las consecuencias de su sistema de usted? ¿Usted no las conoce? ¡Usted! Pero dejémonos ya de erupciones fuera de propósito. La cuestion es que usted se equivoca y que yo tengo razon. Esto, esto es lo que habia que demostrar; y esto es lo que yo he demostrado victoriosamente.

D. ALB. ¡Cáspita, qué sábio certámen! ¡Aquí hay ciencia! ¿Eh? ¿Qué dices tú, Mariano?

MARIANO. ¿Qué he de decir? Que ese hombre es una enciclopedia, y que no me prometia yo semejante preceptor.

PASCUAL. (¡Si no acierta á ser mas burro que yo, la habiamos hecho buena!)

D. PRIM. (A don Alberto.) Ese hombre es un ignorante; un capigorrón.

MARIANO. ¿Un ignorante? Mire usted lo que dice. La mitad de los que disputan sobre estas y otras materias no saben tanto como él.—Señor mio, tomaré la primera leccion cuando usted quiera. Ahora mismo si es preciso.

D. ALB. ¡Bien! Eso me gusta... Yo dejo á usted. Voy á comer en la hacienda de don Ambrosio, y hasta la noche no volveré. Dejo mi casa al cuidado de usted, señor don Fructuoso.

D. PRIM. (¡Uf! Triunfando voy de rabia y de...) (A Pascual.) Beso á usted la mano.

PASCUAL. Yo no beso la de usted.

ESCENA XIII.

DON MARIANO. PASCUAL.

PASCUAL. (Vamos; mejor se va arreglando esto de lo que yo creía.)

MARIANO. (Bien. Mi padre se aleja, y dentro de diez minutos...) Oye tú.

PASCUAL. (Volviéndose.) ¿Eh? ¿Ah!... ¿Con quién habla usted?

MARIANO. Contigo, bribon.

PASCUAL. Mida usted sus palabras, caballero. Yo no estoy acostumbrado á que me hablen de ese modo.

MARIANO. Creo que sí.

PASCUAL. ¡Cómo!...

MARIANO. Maruja me lo ha dicho todo.

PASCUAL. (¡Adios mi dinero!) ¿Qué Maruja? ¿Qué significa?...

MARIANO. Esto significa que todo lo sé. Mi primer idea fue derrengarte á palos, pero he mudado de parecer.

PASCUAL. Ha hecho usted muy bien.

MARIANO. Si al cabo me habian de dar algun ayo indigesto y ridiculo, mas vale que lo seas tú. No te descubriré; pero has de hacer cuanto yo te diga.

PASCUAL. ¡Oiga usted! Yo...

MARIANO. Me acuerdo de haberte visto en Madrid en casa de mi amigo Sandoval, calle de Preciados.

PASCUAL. No soy yo.

MARIANO. Por cierto que todo el dia estabas rascando aquel maldito violin que nos desollaba las orejas.

PASCUAL. Otra prueba de que no soy yo. ¡Desollar las orejas! Yo soy el segundo Paganini, mejorando lo presente. Yo nací para distinguirme en las artes ó en las ciencias; y mi talento...

MARIANO. Yo no te impido que seas hombre de talento, sobre todo para hacer mi gusto. (Apoyándose sobre su hombro.) Escucha, tunante.

PASCUAL. ¿Dónde estamos, señor? ¿Qué familiaridad?...

MARIANO. Nadie nos ve: no tengas cuidado. Durante la ausencia de mi padre pensamos armar aqui un bailecillo... ¡Cuidado

con que sepa nada! Voy á convidar á unas muchachas...
Cuento contigo. ¡Ah! ¡Cómo tengo la levita! Llena de
polvo... Se lo sacudirás en un instante.

PASCUAL. ¡Eso faltaba! ¿Pero le parece á usted decoroso que un
preceptor?...

MARIANO. Basta. (Echándole encima la levita.) Sacude el polvo á mi
ropa, ó yo se lo sacudiré á la tuya.

ESCENA XIV.

PASCUAL.

¡Desacato igual... Pero si le irrito, será peor... Y algo
he de hacer para ganar ocho mil reales. (Pone la levita
sobre el respaldo de una silla, y la sacude con el baston.)

ESCENA XV.

PASCUAL. DON ALBERTO.

D. ALB. ¿Qué es eso, señor preceptor? ¿Usted limpiando la ropa
de mi hijo!

PASCUAL. ¿Lo estraña usted?

D. ALB. ¿Pues no lo he de estrañar?

PASCUAL. Esta es una de las consecuencias de mis principios sobre
educacion. Yo gusto de que mis discípulos vayan aseadi-
tos. Nosotros los filósofos consideramos la limpieza como
el espejo del alma.

D. ALB. Ya, pero... no habia necesidad de que usted se tomase
la molestia... Cualquiera criado...

PASCUAL. No lo entiende usted. El criado... soy yo. La primer
máxima de la sabiduría es no necesitar de servicios aje-
nos; y por lo tanto... (Continúa sacudiendo.)

MARIANO. (Dentro.) ¿Acabas con esa levita?

PASCUAL. Ya ve usted que es preciso llevársela...

D. ALB. ¡Eh! Que espere, y aprenda á respetar...

PASCUAL. Cuando digo que usted no comprende mi sistema...

ESCENA XVI.

DON ALBERTO. PASCUAL. DON MARIANO.

MARIANO. ¿Por qué no respondes cuando te llaman? No sé cómo no te... (¡Mi padre!)

PASCUAL. (Ofreciéndole el baston.) Pegue usted: yo se lo ruego. Tome usted y casque duro.

MARIANO. (Aparte á Pascual.) Lo dejo para mas tarde.

D. ALB. ¿Qué dice?

PASCUAL. Me habla en latin.—Yo le diré á usted, señorito, lo que dijo aquel general ó cabo de escuadra griego, á uno que le queria apalear: «Pega, pero escucha.»—Mírele usted confuso y anonadado. ¡Así, así se doiman estos potros!

D. ALB. Vaya que estoy maravillado...

PASCUAL. Ahora que está usted ya en estado de comprenderme, tome su levita, caballero mio; pero cuidado con subírseme otra vez á las barbas. Por la primera lo sufro, pero á la segunda... ¡Em! será lo que tase un sastre. (A Don Alberto.) ¡Qué leccion, qué leccion!

D. ALB. Sí, sí; admirable. (¡Qué tesoro se ha entrado por mis puertas!) Iba ya á montar á caballo cuando me acordé de una cosa esencial... Pero Mariano nos escucha. Venga usted por aquí.—Hoy es la fiesta del lugar, y es preciso impedir que bailen en casa... Aquí lo tenemos otra vez.

PASCUAL. Señorito, no me sea usted curioso, ó me verá precisado á emplear el sistema de don Primitivo. (Palmotea como él.)

D. ALB. Acompañeme usted hasta salir del jardin, y le daré mis instrucciones.—Adios, tú. Aprende á respetar al digno profesor...

PASCUAL. Me respetará. ¿Quién lo duda? La leccion que acabo de darle... (Al volver la espalda don Alberto y Pascual, da Mariano á este un puntapié. Al movimiento de Pascual vuelve la cara don Alberto.) ¡Hum!...

D. ALB. ¿Qué es eso? Algun nuevo desacato...

PASCUAL. ¡Cá! No, señor. (¡Maldito seas!) Sino que padezco un

poco de los nervios... Con que, diga usted, diga usted...
(Se van hablando y Pascual volviendo la cabeza.)

ESCENA XVII.

DON MARIANO. LUISA. SIMON.

MARIANO. ¡Simon!—¡Pobre Pascual! Preceptor mas cómodo no lo podía apetecer.—¡Luisa, Luisa, ya somos dueños de la casa!

SIMON. ¿Qué manda usted?

MARIANO. Corre, avisa á todo viviente que va á principiari el baile.—¡Ah! Que no se olvide el refresco.—¡Y un violin! ¿Entiendes?

SIMON. Un buen violin. (Vase.)

LUISA. Pero ese preceptor tan severo, segun me han dicho...

MARIANO. Eso no te dé pena. Haremos de él lo que queramos.

ESCENA XVIII.

DON MARIANO. LUISA. MARUJA.

MARUJA. Ahora si que estamos libres. Su padre de usted va galopando por ese camino... Pero ¿no sabe usted lo que ha pasado? No bien monta á caballo cuando se acerca á él uno de los pelones de la escuela de mi tio y le entrega una carta: la lee don Alberto; se queda un rato parado; ya tenia un pie fuera del estribo como para apearse; pero de repente vuelve á afirmarse en el caballo, se mete la carta en el bolsillo, pica espuela, y ¡ojos que te vieron ir!

MARIANO. Esta Marujilla es una alhaja. ¡Para que á ella se le escape nada!

MARUJA. Pues aun no lo he dicho todo. Mientras mi amo leia la carta, se acerca á mí Pascual...

MARIANO. (A Luisa.) El preceptor.

MARUJA. Y me dice: Maruja, tengo que hablarte en secreto. ¿Dónde está tu cuarto?—¡Pregunta mas particular!... ¿Qué querría decirme?

LUISA. ¿Y tú le has respondido?

MARUJA. Sí: por señas: de palabra no.

LUISA. ¿Qué algazara es esa?

MARUJA. ¡Toma! ¡Si ya están aquí todos los convidados!—¡Adelante, adelante.

ESCENA XIX.

Los precedentes. Aldeanos de ambos sexos.

MARIANO. ¡Ea, no perdamos tiempo! Cada cual con su pareja. Yo bailo con Luisita.

MARUJA. ¿Y música?

SIMON. Aquí está el violin. (Trae uno en la mano.)

LUISA. ¿Y quién lo toca?

SIMON. ¿Qué sé yo? A mí me han pedido un violin... Me lo ha dado la mujer del difunto albéitar, que lo arañaba de lo lindo.

MARIANO. Pues ¿y los músicos que vinieron de Madrid?

MARUJA. ¡Toma! ¡Si están en el cortijo del alcalde, media legua de aquí!

TODOS. ¿Qué haremos?

ESCENA XX.

Los precedentes. PASCUAL.

PASCUAL. (Llega descompuesto y azorado.) ¡Ay!... ¡Huy!...

MARIANO. ¿Qué pantominas son esas?

PASCUAL. Nada. Una graciosa aventura... (Por dicha no me ha conocido, y aunque lo han pagado las costillas, el honor se

ha salvado.) ¡Qué veo! ¡Lo primero que ha prohibido su padre de usted!

MARIANO. ¿Qué importa?... ¡Ah! ¡Qué día! Somos felices. Aquí está mi ayo, que es gran tocador de violín, y á poco que le roguemos...

UNOS. ¡Señor maestro!...

OTROS. ¡Señor dómíne!...

OTROS. ¡Señor preceptor!...

PASCUAL. Perdonen ustedes. Mi dignidad...

MARIANO. (En voz baja.) ¡Mira que tomo el consejo del cabo de escuadra griego!

PASCUAL. Vaya, una vez que ustedes se empeñan y que el señor don Mariano me lo ruega con tanta humildad...

MARUJA. Aquí hay un tonel para colocar la orquesta.

PASCUAL. (En voz baja.) ¡Ah pérfida!

MARUJA. (¡Calle! ¿Qué mala mosca le ha picado?)

PASCUAL. (Aparte á don Mariano.) ¡Ah!... ¡Qué bajeza! Ayúdenme usted á subir. (Se coloca sobre el tonel.) Vamos; en baile... ¿Están ustedes? Ea, pues, ¡á una!

MARIANO. (Bajo á Pascual.) Filósofo galopín,
mi enhorabuena te doy
por tanta gloria, que al fin
ya puedes decir: «yo soy
el Diógenes del violín.»

PASCUAL. Vamos; en baile... ¿Están ustedes? Ea pues. ¡A una!
(Cuando el baile está mas animado se aparece don Alberto.)

ESCENA XXI.

Los precedentes. DON ALBERTO.

(Al verle cesa la danza.)

D. ALB. ¡Quietos, quietos! (No ha sido falso el aviso.)—¿Qué hace usted ahí, señor preceptor?

PASCUAL. (Sin turbarse.) Ya lo ve usted. Esta es otra de mis máximas educativas. ¿Le parece á usted que es cosa tan fácil el impedir que las muchachas salten y brinquen?

D. ALB. Ya... pero usted mismo hace son para que bailen...

PASCUAL. ¿Y qué partido mas sábio podia yo tomar? Visto que no podia evitar el desórden, dije para mí: á lo menos yo lo veré, yo lo presidiré; y lo he visto y lo he presidido, y usted habrá observado al entrar que lo veia y lo presidia, supuesto que todavía lo veo y lo presido.

D. ALB. ¿Y es digna de un filósofo esa actitud?

PASCUAL. (Enderezándose.) No, hombre, que estaba mas tieso, mas... ¿Lo dice usted por el tonel? El tonel es ya un trasto ennoblecido por la filosofía. El Diógenes del violin me han llamado hace un instante; y aun tengo una ventaja sobre aquel ilustre jurisconsulto, pues él estaba dentro y yo estoy encima.

ESCENA XXII.

Los precedentes. DON PRIMITIVO.

D. PRIM. (Enarbolando un garrote.) ¿Dónde está, dónde está el bribon que he sorprendido en el cuarto de Maruja?

PASCUAL. (¡Malo! ¡El maestro de escuela!) (Baja del tonel.)

D. PRIM. Se me ha escapado sin conocerle, pero en la fuga ha perdido esta cartera... Ahora se verá...

PASCUAL. Permitame usted, maestro. Eso es mio.

D. PRIM. ¡Ah! ¿Con que el gazapo era usted, insigne preceptor? ¡Y yo que le he dado de garrotazos! ¡Cuánto me duele!....

PASCUAL. (¡Verdugo! A mí sí que me duele.) No es nada. Como estaba oscuro...

D. ALB. Pero ¿qué viene á ser esto? ¿Qué hacia usted en el cuarto de Maruja?

PASCUAL. No se inquiete usted. Eso entra tambien en mi sistema....

D. ALB. No, no.... Ya no le creo á usted.

PASCUAL. Hombres como yo llevan miras honestas en todo cuanto emprenden.

D. ALB. Pues ¡qué! ¿se casaria usted con esa muchacha?

PASCUAL. ¿Y por qué no? ¿porque ella es jardinera y yo erudito?

¿Ha de dejarse dominar un sábio por esas quimeras de condiciones y gerarquías?—(A don Primitivo.) ¿Qué puede usted dar á Maruja?

D. PRIM. (Con su palmoteo de costumbre.) Yo puedo darle...

PASCUAL. ¡Ea, buen ánimo! ¡Por vida del Chápiro!...

D. PRIM. Diez ducados por ahora... y lo que Dios quiera despues de mi muerte.—Pero el señor don Alberto, que es su padrino, ha ofrecido dotarla en 12,000 rs.

PASCUAL. ¿Con que usted tiene la bondad de dar á esa niña doce mil reales.... ¿Y usted cien ducados?

D. PRIM. Diez; y es bastante para un maestro de escuela.

PASCUAL. Me pareció haber oido cien... ¿Quién de ustedes ha oido decir cien?—En fin, por noventa medios luses mas ó menos.... Ofrezco, pues, mi docta mano á Maruja; y si usted (á don Alberto.) quiere, se harán las dos bodas en un dia. Mi sistema... (Don Mariano y Luisa se acercan á don Alberto como para darle gracias.)

D. ALB. ¿Qué, qué es esto?

PASCUAL. ¿No ha dicho usted que tenia intencion de casar al alumno de las musas?

D. ALB. No tan pronto, pero... si ellos lo han tomado por empeño...

PASCUAL. Es forzoso casar á las personas que se aman. Este es otro de mis principios.... Traiga usted acá, suegro. (Toma la cartera de manos de don Primitivo y al metérsela en el bolsillo, deja caer papeles.)

D. PRIM. (Recogiéndolos.) ¿Qué papeles son estos? (Leyendo un sobre.) Esta es una carta para usted, señor don Alberto.

PASCUAL. (Echando de ver su descuido.) ¿Eh?... ¡Por vida!... (Queriendo recoger la carta.) Ya sé yo lo que es...

D. ALB. Yo no. Y me ha de permitir usted... (Lee bajo.)

PASCUAL. (¡Tiró el diablo de la manta!)

D. ALB. ¡Qué veo! ¿Don Fructuoso Vigil renuncia al empleo de preceptor, y usted me trae su carta? ¿Pues quién es usted?

D. PRIM. Esta carta de seguridad nos lo dirá. (Leyendo otro papel.) «Pascual Garrido, criado de don Fructuoso... Señas: nariz larga, boca grande, orejas idem...» ¡Ah! Pues siendo sirviente, no hay nada de lo dicho.

D. ALB. (Aparte á don Primitivo.) Si nos amostazamos ahora, vamos á ser la irrisión de la provincia.

MARIANO. Todo se arreglará. Yo le protejo.

LUISA. Y yo.

D. PRIM. ¿Con que sacamos en limpio que usted tiene tanto de sábio como....

PASCUAL. Como usted. Ya se ha visto que allá nos vamos los dos, y me parece que puedo unirne á la familia de mi señor Don Primitivo Calleja sin desdorarla.

MARUJA. Por fin, ya que no sea preceptora, seré casada.

PASCUAL. Yo cuidaré de que seas algo mas con el tiempo.

Contento vuelvo al servicio,
y el magisterio depongo,
si el público, cual supongo,
tiene á bien serme propicio;
mas al dejar el oficio
que emprendí...., por afición,
le añadiré una lección:
y es que no habrá quien le tilde
si á quien se lo ruega humilde
concede noble perdon.

FIN DE LA COMEDIA.

